

razon de ser en la triste ceguera señalada en estos términos por M. de Gasparin, que es no obstante calvinista: «Será uno de los asombros del porvenir saber que una sociedad cristiana ha dedicado los siete ú ocho años más excelentes de la juventud de sus hijos al estudio exclusivo de los paganos.» ¡El desprecio! ¿Está seguro el piadoso prelado de que los académicos y los profesores célebres que él convidaba con tanta satisfacción para que honraran con su presencia la representación en el teatro de su seminario menor, en lengua griega, de la *Antígona* de Sófocles, ó de la *Ifigenia* de Eurípides, de las *Nubes* de Aristófanes, no se reían interiormente de sus dulces ilusiones?

Además, el *Univers* no había hecho más que repetir los gritos de alarma de los Padres de la Iglesia, los reglamentos de los concilios, las amonestaciones de los Sumos Pontífices. Y nadie ha censurado más que Mgr. Dupanloup el deplorable sistema de educación y enseñanza de los tres últimos siglos. Leed las páginas enérgicas de su hermoso libro acerca de la educación, tomo I, introducción, páginas 2, 3 y 4: «La educación es la que por la *influencia decisiva* que ejerce sobre el niño y sobre la familia, elementos primitivos de toda sociedad, prepara milagros inesperados de restauración intelectual, moral y religiosa. La educación hace la grandeza de los pueblos y conserva su esplendor; hace su decadencia, y en caso necesario los levanta de su caída. Efectivamente, ¿qué se necesita para sostener ó regenerar una nación? Antes que todo, ¡hombres! Las naciones no se forman, no crecen, no se conservan y no se renuevan sino por los hombres. ¿Cuándo se ven debilitarse los pueblos, caer de su grandeza y precipitarse hácia su ruina? Cuando les faltan los hombres. Pues bien, Dios es quien da los hombres: pero, queriéndolo así Dios, es la educación la que los forma. ¿Qué más sucede acerca de esto? Que ya desde mucho tiempo, presentamos un raro espectáculo. Jamás estuvo la Francia cubierta de un pueblo más numeroso, activo, agitado... Todas las sendas de la fortuna, todos los caminos de la

vida social están destruidos. Los individuos se oprimen, se molestan, chocan y fatigan unos á otros. Y sin embargo, de todas partes se oye decir: Los hombres faltan, ¿en dónde están los hombres? Este es el grito y la queja universal. Antiguamente, Diógenes, con su linterna en la mano, buscaba un hombre en mitad del día, y nosotros nos le parecemos.»

Por una parte, no tenemos hombres, y la educación es la que los hace; luego pues, según lo dice el mismo monseñor Dupanloup, la educación es mala, esencialmente mala.

Pero, ¿es verdad que el abandono de los clásicos paganos sea la vuelta á la barbarie literaria? ¡Ah! por más que se me acusara de paradoja, yo abogaría de buena gana á favor de lo contrario con la certeza de salir vencedor. No puedo aquí extenderme mucho.

Primeramente, casi nadie en Francia sabe ni el latín ni el griego; ó á lo menos casi nadie tiene en Francia el gusto depurado de la literatura latina ó griega. Luego, pues, si cincuenta años atrás se hubiese suprimido en Francia el estudio de los clásicos griegos y latinos, nos encontraríamos exactamente en el punto en que estamos actualmente. ¿Cuántos examinadores de la Universidad han declarado solemnemente que las versiones tan fáciles exigidas para el bachillerato (no hablo de los temas que son abominables) están siempre mal hechas; que, concentrándose en sí mismos, se ven obligados á acusar de cobardía las hojas blancas que se escapaban de sus manos complacientes! Á menudo he oído, en las solemnes sesiones del concurso general de París, los discursos latinos pronunciados por las eminencias de la Retórica universitaria, y declaro, sin temor de ser desmentido, que el latín del mejor de esos discursos no era solamente inferior á la más descuidada de las homilias de los Padres de la Iglesia, sino que era apenas el latín afrancesado que se designa irónicamente con el nombre de latín de cocina, ofensivo á los oídos y al gusto de los muy raros

conocedores de la bella latinidad. ¡Latin de cocina! hé aquí el *non plus ultra* de los más afamados maestros; hé aquí el resultado final de un estudio tenaz, durante largos años, de todas las obras maestras de la antigüedad. ¿Qué sería, si yo delatara al mundo las tesis latinas de nuestras escuelas de derecho, atentados deplorables contra el buen gusto, vergüenza de la enseñanza francesa? Esta inferioridad desesperadora, mejor dicho, esa nulidad absoluta no es solamente un hecho; puedo y debo decir que es una necesidad, de que no podremos librarnos, sino sustituyendo á los autores griegos y latinos del paganismo los autores griegos y latinos del cristianismo. Efectivamente, las ideas modernas, quieras que no, son cristianas, porque la sociedad es la obra del cristianismo que la ha concebido, engendrado, alimentado, dirigido, inspirado durante muchos siglos. Por consiguiente, las lenguas de Ciceron y Demóstenes son lenguas absolutamente muertas, que expresan ideas y sentimientos que ya no existen. Al contrario, el latin y el griego de los Padres que no son otros que el griego y el latin de las naciones cristianas, son lenguas realmente vivas, que expresan las ideas y los sentimientos á la órden del dia, que han dado origen á los idiomas europeos. Resulta de este hecho innegable que el francés no difiere en realidad del latin de san Leon el Grande sino por la forma exterior, por el traje, si puedo expresarme así, como el bajo-breton difiere del parisien del siglo décimonono. De manera que un niño, con su diccionario francés en las manos, puede llegar, en algunos dias, á conocer, mejor dicho, á ver intuitivamente, sin peligro de olvidarlo jamás, la significacion de la inmensa mayoría de las palabras latinas, á adivinar el sentido del latin del *Epítome historiae sacræ*, de los Salmos, del Nuevo Testamento, de la liturgia eclesiástica; al cabo de algunos meses de lectura animosa, á comprender bastante, para interesarse vivamente en ellos, el mayor número de los autores latinos clásicos. Sí, me atrevo á afirmarlo, sin temor de ser des-

mentido, porque tengo para mí una larga experiencia, el verdadero y único medio de llegar á hacer saber el latin á las jóvenes generaciones, consiste en excluir de las clases inferiores, quinta, cuarta y tercera, el latin del paganismo, y dar amplio lugar al latin de la Iglesia. Complétese la enseñanza comenzada de esta manera por muchísimos fragmentos de las obras maestras de la antigüedad, completamente expurgadas de las manchas del vicio y de los excesos de la demagogia. Esta depuracion seria en el fondo un considerable beneficio en el punto de vista del gusto; porque, como lo decia muy bien, pocos dias há (en su prefacio á los *Diálogos de Fenelon sobre la Elocuencia*), M. de Sacy, una de nuestras grandes autoridades literarias: «Los primeros sin disputa entre los pensadores, los poetas, y los escritores de la antigüedad, son aquellos cuyo talento se aproxima más al genio del Evangelio.» Y añadía: «Y nosotros que hemos sido iluminados por esta inmensa luz, si alguna vez cerráramos voluntariamente los ojos á ella, ¿cómo no caeríamos, hasta en materia de arte, elocuencia y poesia, mucho más bajo que los paganos, cuya razon natural y la rectitud de su inteligencia por sí solas habian hecho casi cristianos?»

En resumen: la reforma que llamamos á voz en grito es urgente y oportuna. Mgr. Dupanloup puede y debe asociarse á ella sin temor de ningun menosprecio, con la certeza de conquistar una gloria sólida, con tanto mayor afan, en cuanto ella sola puede defender del naufragio á las lenguas latina y griega, y salvar el sentimiento de sus bellezas literarias.

Esto será un nuevo cumplimiento de la promesa evangélica: «Buscad primero el reino del cielo y la justicia, y lo demás se os dará por añadidura.»

¿No vemos, efectivamente, á pesar de los elogios exagerados prodigados á la enseñanza clásica actual, á pesar de las afirmaciones tan categóricas de su necesidad, que el estudio del latin y del griego se muere, y que muy

pronto no será más que un recuerdo? Tengo á la vista el *Periódico general de Instrucción pública* del jueves 25 de noviembre de 1869; y veo en él que, haciéndose eco de los deseos generales, un profesor agregado de la Universidad, muy formal y muy acertado, pide que se supriman inexorablemente, como dolorosas inutilidades, los versos latinos, la narración latina, el discurso latino, etc., etc., «para no conservar más que el tema y la versión; porque después de diez años de estudios penosos, estos deberes están completamente fuera del alcance de los alumnos, aun de los que figuran como primeros de su clase.» ¡Qué desgarradora confesión para la Universidad! ¡Qué triunfo para la causa que yo defiendo! La enseñanza pagana no enseña ni el griego, ni el latín, y hace perder con la fe todo amor de la autoridad. Sin volver, pues, á la barbarie, sin comprometer en manera alguna el desarrollo del buen gusto literario, podemos, y, por consiguiente, debemos inaugurar una enseñanza absolutamente cristiana, con la certeza de aprender á leer y hablar el griego y el latín cien veces mejor que no se ha hecho hasta ahora.

Fuera de esto, sólo el odio de la religión pudo dar una apariencia de razón á esta mentirosa é interesada acusación. La lengua de los Padres de la Iglesia, latinos y griegos, tiene todas las cualidades apetecibles: espiritualismo, riqueza, sencillez, dulzura, unción, flexibilidad, claridad, elegancia, etc. El latín de san Gregorio el Grande, de san Ambrosio, de san Bernardo, es una lengua tipo y modelo, la sola que puede apropiarse á los tiempos modernos, la sola verdaderamente viva. Lo ha dicho un grande escritor: «Por la extensión de los conocimientos, por los principios de la más pura filosofía, por su aplicación y desarrollo, por la exactitud de las conclusiones, por la dignidad del discurso, por la belleza de la moral y de los sentimientos, no podrían compararse á san Agustín más que Platón y Cicerón.» Pero Platón y Cicerón flotan demasiado frecuentemente en la duda, y caen más frecuentemente aún en extravagantes aberraciones.

Si aquí fuera lugar oportuno, recordaría que el mismo Erasmo, el apóstol exaltado del Renacimiento, cuando las exageraciones de los sectarios le traían á sentimientos de equidad, les decía: «Vosotros sosteneis que el latín cristiano es una lengua medio bárbara, y que para hablar bien es preciso sustituirle la lengua de Cicerón. Hagamos, pues, una experiencia: tomemos una simple frase de la lengua latina cristiana; pongamos esta frase en buen latín del siglo de Augusto, y veamos lo que ganará en armonía, exactitud y belleza.» Transformada de esta manera la frase, se había hecho salvaje hasta el ridículo. Orgullosos con este primer triunfo, entra Erasmo en materia, y defiende con elocuencia que prueba su sinceridad, esta tesis que es la nuestra: 1.º El latín cristiano es un latín muy bueno y muy bello; 2.º es el único que puede servir de intérprete á las naciones modernas; 3.º los estudios clásicos ejercen en la religión y la sociedad la más desastrosa influencia. Nuestra manía por la antigüedad pagana nos engaña y corrompe. *Paganitas nostra nos seducit*. Con el pretexto de aprender la bella literatura, dejamos de ser cristianos para convertirnos en paganos. Esto es lo que observo en ciertos jóvenes que nos vienen de Italia y sobre todo de Roma (*Epist. dedic. ad Jon. Vlaten., p. 2.*) «Se nos ha dicho que las palabras de los autores paganos eran cultas y de buen gusto, y las de los autores cristianos groseras y bárbaras. El paganismo, creedme, el paganismo es quien nos persuade esto, engañando nuestros oídos y falseando nuestra inteligencia. No somos cristianos sino de nombre: *titulo duntaxat sumus christiani*. Nuestro cuerpo ha sido purificado por las aguas del bautismo, pero nuestra inteligencia no lo es; la cruz está marcada en nuestra frente, pero nuestra alma se avergüenza de ella; confesamos con la boca á Jesucristo, pero en el corazón llevamos á Júpiter y á Rómulo (*Ibid.*)» Invito de todas veras á mis lectores á que lean el excelente prefacio que Mgr. Gaume ha puesto al frente de sus *Selectæ Sancti Bernardi Epistolæ*, uno de los tomos de su biblioteca de los

autores cristianos; quedarán asombrados del buen sentido de Erasmo, y ya no pensarán más en acusarnos de exageracion. Lean tambien el prefacio de los *Hechos de los Apóstoles con los comentarios de San Juan Crisóstomo*, y quedarán convencidos por las más imponentes autoridades de que la lengua del Evangelio segun san Lucas, de los Hechos de los Apóstoles y de los escritos de los Padres, es del griego perfectamente puro, al que no se puede tampoco reprender sus hebraicismos, como no puede tampoco reprenderse á Jenofonte sus palabras persas, ni á Ciceron sus grecismos. Luego es verdadero que las preocupaciones injustas y satánicas que han extraviado tantas inteligencias desde algunos siglos, y acarreado prevenciones invencibles, se desvanecen, como sombras, ante la luz de una crítica leal y desinteresada.

Pero, se dirá, ¿cómo os atreveis á hablar siquiera de la reforma que proponéis en presencia de los reglamentos inexorables del bachillerato? La discusion profunda de esta objecion sin valor real, seria aquí una digresion. Básteme refutarla en breves palabras: 1.º La prueba actual del bachillerato es, en concepto de todo el mundo, irracional, irrisoria y cruel hasta el exceso; deja todas las probalidades de éxito á la ciencia ficticia, y pone á la ciencia verdadera en las condiciones más desventajosas: estimula á la ignorancia osada y desalienta el saber modesto; impone la repulsa de personas excelentes y manda la admision de nulidades deplorables. 2.º El bachillerato, tarde ó temprano, deberá transformarse en exámenes de fin de año, sufridos en las mismas casas de educacion autorizadas por la ley y con arreglo á los programas de su enseñanza. 3.º El bachillerato está evidentemente instituido para el bien de la sociedad, es el medio, pero no el fin; la sociedad no está instituida para el bachillerato; por consiguiente, debe desterrarse de sus programas toda cuestion impía, impura y revolucionaria. Seria un crimen imponer clásicos que no estuvieran suficientemente expurgados, exigir la iniciacion en los misterios infames de la

mitología pagana. ¿Qué examinador se atreveria á reprobar con una bola negra á un candidato capaz, únicamente porque se negara á referirle los amores adúlteros de Júpiter, ó explicar un discurso excesivamente incendiario? 4.º Todo lo que hay derecho de exigir de un bachiller es que sepa interpretar con facilidad el texto de los principales autores clásicos; pues bien, el que haya aprendido el latin, como lo hemos indicado, en las obras de la literatura sagrada, estará perfectamente en disposicion de satisfacer á sus jueces. Avancemos, pues, sin temer que el bachillerato sea una de las deidades infernales que no puedan apaciguarse sino por sacrificios humanos.

Al clero tócale dar el ejemplo; sus jóvenes aspirantes son los que tienen mayor necesidad de beber en fuentes más sanas y puras, á fin de que su fe sea más viva y fuerte. El clero es además, pero el clero solo, quien dará su postrer asilo á las lenguas latina y griega. En el seno de las civilizaciones muy avanzadas, como en la Edad media, las obras maestras de la literatura antigua se ampararán á la sombra de las antiguas iglesias católicas. Dejemos que trascurren pocos años más de progreso material, y en este siglo utilitario, que no es realmente más que la edad del hierro y de la hulla, el latin y el griego no serán comprendidos, leídos y hablados sino en la calma de nuestros seminarios.

Aquí hago alto, pero no, sin embargo, sin haber señalado en el modo actual de enseñanza y educacion abusos muy graves, que son al mismo tiempo causas á lo menos indirectas y excesivamente eficaces de la pérdida de la fe.

1. La manía para los colegios de internos es demasiado pronunciada, y se hace comenzar á los niños demasiado pronto la vida de cuartel. Ni siquiera disimularé que la creacion de los pequeños colegios que tantas muestras de orgullo han producido, ha sido una falta muy grande. «Actualmente, dice el profesor agregado cuyo testimonio invocaba yo no há mucho, la escala coja de los estudios, de la clase preparatoria á la clase de filosofía, impone á

los alumnos un mínimo de diez años (y para llegar lo más á menudo á qué resultado!). Parece que por un acuerdo tácito con las familias, no se les guarda tanto tiempo en los bancos sino para librarlas de un obstáculo importuno. La Universidad no debe ser una inmensa casa de servidumbre.» La clase de externos tiene tambien sus peligros, deja la puerta más prontamente abierta á la inmoralidad; pero la clase de internos, sobre todo si se prolonga excesivamente la permanencia en el colegio, es incomparablemente más peligrosa, y me atreveria á decir que es fatalmente mortal. Sin ser menos inmoral, mata la fe y gasta los caracteres; no hace ni hombres ni cristianos. ¿De qué se compone actualmente la generacion de hombres de letras? De incapaces, de mal reprimidos, de glotones, que es la palabra característica. La experiencia, una muy larga experiencia me ha probado que los niños que entran en el colegio á los siete ú ocho años para salir de ella á los diez y ocho ó á los diez y nueve, despues de haberse arastrado penosamente en los bancos de diez clases, desde la novena hasta las matemáticas especiales, están predeterminados á la depravacion, y, lo que es aún más que la depravacion, á una nulidad absoluta. Al cabo de dos ó tres años lo han gastado todo, la disciplina, la autoridad, los castigos, las exhortaciones, las reprensiones, la religion, la gracia: oponen una inercia desesperadora á todos los estímulos de la inteligencia y del corazon. Su familia y sus maestros deben resignarse á no ver en ellos más que tristes personas, ya que no malas personas. «El hombre, decia el Sabio, es inclinado al mal desde su infancia;» y nosotros vemos algunas veces que el vicio, como una serpiente, alcanza á los niños en la cuna. Un niño solo es como un solo leño invadido ya en el interior por un fuego que quizás lo consumirá, pero que puede estar mucho tiempo oculto. Dos niños, tres niños, cien niños son como una hoguera cuyos elementos todos se inflaman y arden con espantosa actividad. Todos los moralistas están unánimes en proclamar que el acuartelamiento prolongado es

profundamente deletéreo, que hace enervados, pero no hombres. Y hé aquí cómo los colegios son criaderos sucesivamente fecundos de viciosos, inútiles, incrédulos, revoltosos, socialistas sin costumbres y sin freno. Es necesario, pues, absolutamente que los primeros estudios se hagan en la familia, que no se comience á ser interno sino en la quinta, y que no se continúe jamás más allá de cinco á seis años.

2. Es necesario tambien que, á lo menos para los externos, se ejecute todo el trabajo á la vista de los profesores, y que no se imponga á los alumnos, fuera de las clases, deberes que deban cumplir por la noche ó la mañana, en el seno de su familia. El arco demasiado tirante se rompe, ó á lo menos pierde toda su elasticidad. Además, los deberes cumplidos en medio de las distracciones de la familia están necesariamente mal hechos, y es profundamente inmoral condenar á niños á cumplir siempre mal. Es tambien un medio infalible de gastarlo todo en ellos, inteligencia, corazon, carácter, fe, etc., etc.

3. Con el corazon profundamente oprimido me atrevo á indicar otro origen de mal, imposible por desgracia de conjurar. Muchos padres de familia y maestros de los colegios no tienen fe. ¿Cómo será posible que los mismos alumnos no carezcan de fe? No hay fe sin prácticas religiosas; pues bien, ¿cómo podrán los niños juzgar absolutamente necesarias esas prácticas religiosas, cuando no se sujetan á ellas sus padres y maestros? ¿Cómo podrán adquirir buenos hábitos, sabiendo de antemano que su primer acto al salir del colegio será abandonarlos? No nos forjemos ilusiones; la más soberanamente eficaz de todas las enseñanzas es el ejemplo del padre y del maestro, ejemplo siempre presente, que, sin tener siquiera conciencia de él, se ejerce en todas sus acciones, en todas sus palabras, obra en todas partes y siempre. Amados profesores, queridísimos compañeros míos, mi corazon está lleno para vosotros de sentimientos de cariño respetuoso, que mereceis por una conducta moral y honrosa las más